

AÑO IV
SEMANARIO
NACIONAL
INFANTIL

FLECHAS Y PELAYOS

25 cts. POR EL IMPERIO HACIA DIOS

N.º 129

DIRECCION Y
REDACCION:
MONTEESQUIN-
ZA, 2 - MADRID
TELÉFONO 49426
APARTADO 213
25 MAYO

1941



UN ACERTIJO DE MARI-PEPA

- ¿A que no sabeis cual es el animal que si se vuelve de espalda cambia de nombre?
—¡Chica, eso es difícilísimo!
—Pues es el escarabajo; ¡porque entonces es - cara - arriba!

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Cuarenta días habían pasado ya desde la gozosa y triunfal mañana de Pascua. Los Apóstoles se encontraban reunidos de nuevo en el primer escenario donde el Maestro había lanzado las primeras semillas del reino, que pronto florecerían con el esplendor y la grandeza de todas las obras de Dios. El claro y familiar lago de Genesaret volvió a ser surcado por la barca de Pedro y por las de sus compañeros de apostolado. Los campos maduros y soleados de Galilea les recordaban constantemente las peregrinaciones apostólicas de Jesús, siempre hambriento de almas, siempre lleno de incalculables y divinas ansias de redención.

La vida era ahora casi la misma que hace dos años. Sin embargo, ¡cuántas cosas habían ocurrido desde entonces! En su mente estaban todavía vivos los recuerdos de los últimos días vividos en la Ciudad de la Cruz. Estaban vivos y sangrantes. Pero la resurrección del Maestro había devuelto la calma y la serenidad a aquellas almas tímidas y asustadizas. Y el Maestro continuaba allí, al lado, afirmando los vacilantes pasos de sus discípulos, llenando sus almas de luz, caldeando y fortaleciendo sus corazones con la llama de un amor nuevo, de un amor resucitado y primaveral.

Pero llegó, por fin, la hora suprema. La misión de Cristo había concluido, y era preciso obedecer la voz de lo alto. El Padre le llamaba de nuevo a su lado, para premiar todos sus heroicos afanes, para poner en sus manos el cetro de gloria, conquistado a fuerza de luchas y de trabajos agotadores. Ya estaban echados los cimientos del reino de la gracia. Allí, en la tierra, el grupo de rudos pescadores continuarían, triunfantes y ardorosos, la obra del Maestro. Su timidez, su rudeza humana sería suplantada bien pronto por una audacia, por una ilustración divina, que causaría la admiración de todos los sabios de la tierra. Pero esta transformación no podría realizarse mientras el Maestro no se sentara definitiva y gloriosamente a la diestra del Padre soberano.

Y llegó, por fin, el día predestinado. Era una luminosa y riente ma-

ñana del mes de mayo. El monte, poblado de naranjos, saucos y almendros en flor, aparecía aureolado de un blanco matizado traslucido. Los pájaros cantaban alegres y estrepitosos. En los aires se respiraba un aroma celestial, se percibía un alegre



susurro de frondas agitadas por el viento, un misterioso rumor de aleteos invisibles.

Ya están los Apóstoles en la cima. Allí, en el llano, continúa el agua su runruneo de cuna. Los sembrados se balancean suavemente al soplo de la

fresca brisa mañanera. Los Apóstoles esperan impacientes la aparición del Maestro. De pronto se rasga el aire, en un inefable alumbramiento, y el Maestro se presenta en medio de sus discípulos. Y les dirige sus últimas palabras. Son palabras de aliento, palabras henchidas de una paz divina, de un inefable consuelo. Hasta ahora les ha cuidado como a las niñas de sus ojos. Pero este cariño, mimoso y maternal, va a cambiarse ahora en un arrebatado y extático amor a la lucha, en un insaciable y cada vez más apasionante anhelo de padecer y de morir por Cristo.

La plática se prolonga, íntima y sabrosa. Hasta que llega el momento de la despedida. No hay lloros, ni histéricos aspavientos. Todo es allí sublime y divino. Cristo cierra sus últimas palabras con un gesto de bendición. De pronto su cuerpo, impulsado por un resorte misterioso, comienza a elevarse por los aires, hasta que una nube lo roba definitivamente a la vista de sus discípulos atónitos. Es entonces cuando, de arriba, llegan hasta los Apóstoles dos formas luminosas y resplandecientes, que animan a los discípulos con estas palabras: «Varones de Galilea, ¿por qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús, que habéis visto subir glorioso, volverá algún día lo mismo que le habéis visto ascender».

¡Ya estás en tu trono, oh divino Triunfador! Sólo tú eres digno de esa gloria, que conquistaste con tus sudores, con tu divina sangre, con tu amor sin igual. ¡Ya estás en tu trono de gloria, oh insaciable Sembrador de luz y de verdad! Para ti ya han cesado las luchas y los dolores, tus pies ya no sentirán más la taladrante punzada de las espinas del camino, tu corazón no sufrirá más por las injusticias y los desdenes de los hombres. Ahora gozas con justicia del premio de tus sacrificios. Pero tu mirada continúa todavía clavada en los discípulos que dejaste aquí abajo. Haz, oh divino Redentor de las almas, que tus ardientes ojos, cargados de amor y de consuelo, nos persigan también a nosotros con la dulce e inefable persecución de sus caricias eternas. Amén.

N. D.

FILATELIA

Premiados en la gran rifa de Navidad.—En el último número del «Suplemento Infantil» se dan a conocer los números de los socios agraciados por la suerte en la gran rifa que según nuestro Reglamento debe celebrarse cada año por Navidad. Son los siguientes: 492, 540, 265, 137, 311, 129, 95, 430, 253, 281, 559, 570, 284, 10, 852, 88, 565, 385, 20 y 47.

Tercer concurso de A. F. H. A. (S. I.)—Examinadas las soluciones de los concursantes, y rifados los premios correspondientes, han sido adjudicados éstos respectivamente a los socios cuyos números son: 935, de San Sebastián; 637, de Jerez; 200, de Bilbao; 16, de Huesca; y 870 de Chinchilla.

Algunas soluciones han sido desestimadas por no estar sus autores al corriente en el pago de la cuota anual (tres pesetas) que deberán enviar al Centro Nacional: Santo Domingo de la Calzada, Aparfado 4. (Logroño).

Próximamente publicaremos las soluciones.

Nuevo concurso de A. F. H. A. (S. I.)—En el número, ya citado, del «Suplemento Infantil» al «Boletín Filatélico Español», se anuncia un nuevo concurso, cuyas preguntas, sencillísimas, son las siguientes:

Primera.—¿Cuántos son los Reyes que aparecen en los sellos de España?

Segunda.—¿Qué sacerdote famoso aparece en los sellos de España?

Tercera.—¿Qué edad tenía Alfonso XIII al ser puesto en sello?

Cuarta.—¿Qué nación ha conmemorado con una serie el descubrimiento de América?

Quinta.—¿En qué sellos aparece el texto de un juramento de Independencia?

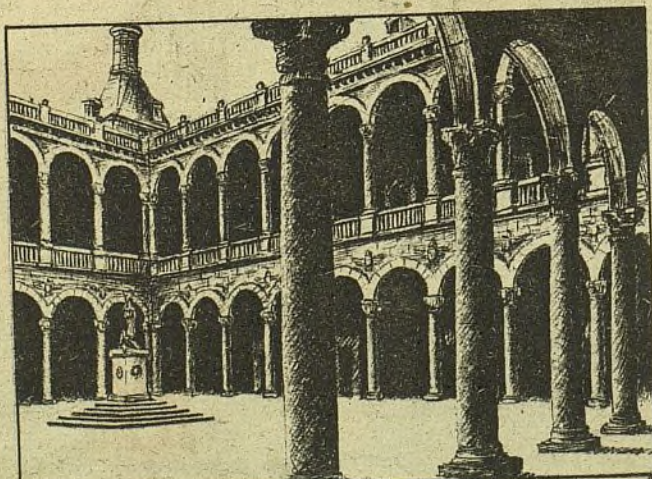
Los premios (lotes de sellos) asignados para este concurso son iguales que los asignados para el segundo, y que ya fueron publicados a su tiempo en el «Suplemento Infantil».

Como en los anteriores concursos, no serán admitidas las soluciones de los socios que no hubieren abonado la cuota anual.

LUIS VICUÑA

De la Directiva de A. F. H. A. (S. I.)

España artística



TOLEDO: PATIO DEL ALCÁZAR.—Estas columnas, hoy derruidas, vieron glorias imperiales y cobijaron, asombradas, heroicos gestos de la Cruzada Española.

Elisab. Cordero.

Todos los domingos, a las tres y media de la tarde, grandes festivales en el MONUMENTAL CINEMA

TEATRO INFANTIL

Maravillas

Ayuntamiento de Madrid

PRECIOSOS ESTRENOS
TOMBOLA, CIRCO Y
UNA LLUVIA DE
SORPRESAS

Doctrina y ESTILO



Os traje
el otro día
el ejemplo

Vuestros amigos

del ratón y las palomas para recordaros la enseñanza de la unión, unión que necesitamos todos dentro de la patria, de la familia o de la sociedad en que la Providencia nos ha colocado. Unificando sus esfuerzos, lograron las palomas huir de las manos del cazador; y buscando la ayuda del ratón vieron, sueltos y rotos los lazos que las aprisionaban.

Pero hay que tener mucha vista para discernir las personas a quienes entregamos nuestra confianza y en cuyas manos vamos a poner nuestros destinos. Muy bien la unión, pero sin olvidar la prudencia. Las palomas fueron a pedir auxilio al ratón, pero no al gavián. Escuchad la continuación del cuento.

Aquel ratón caritativo, se vió al poco tiempo sorprendido por una visita extraña.

—¿Quién eres tú? —preguntó el ratón a su visitante

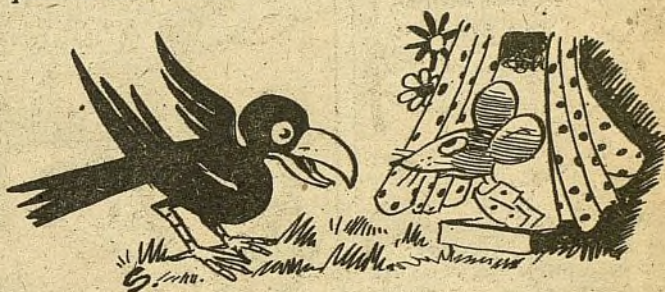
asomando sus finos bigotillos.

—Yo soy el cuervo —contestó el recién venido—. He visto la

bondad que has hecho con la Colorada y quiero ser tu amigo.

—Eso no es posible —contestó el ratón— tu amistad no puede ser buena para mí. Desde que existe tu casta y la mía, ha habido guerra entre ambas y siempre a los míos les ha tocado ser el cebo de los tuyos. Vete enhorabuena y déjame tranquilo en mi agujero.

Aquí tenéis un ratón con mucho sentido común y muy prudente. Sabe perfectamente quiénes son los amigos, a quienes debe ayudar y quiénes los falsos amigos, a quienes debe evitar.



Héroes de la Patria

Por Fray Justo Pérez de Arbel

El Buen Conde

—Don fray Pelayo, non hayas cuidado; cuanto demandastes se vos ha otorgado.

Así dijo el conde desde el umbral, y unos instantes, después desaparecía entre la espesura. Los cuernos guerreros anunciaron una hora más tarde, su presencia en el campamento. En un valle cercano empezaba a prepararse el ejército de los musulmanes. Todos sabían que la lucha de aquel día había de ser dura y difícil. El conde animó a su gente, hablándole de las promesas del ermitaño. En torno suyo estaban los mejores caballeros de Castilla, de Alava y de las Asturias de Santillana: Gustios González, el abuelo de los infantes de Lara, Nuño Fernández, el que nunca volvió la espalda al enemigo, Vela Núñez, a quien obedecieron los soldados de la llamada alavesa, y Orbita Fernández, que debía llevar aquel día el estandarte del conde.

La salida del sol coincidió con la orden de avanzarse hacia el valle de Cascajares, donde aguardaban los moros. Abría la marcha un caballero, natural de Hitero de la Puente, llamado Pedro González. Iba ufano y audaz, alardeando de la fuerza de su brazo y de la gracia de su corcel, cuando de pronto la tierra se abrió, tragándose al caballo y al jinete. Este suceso llenó de estupor a los cristianos. Muchos hablaban de dispersarse y retroceder, guardando el encuentro para mejor ocasión, pues consideraban como de mal agüero el desastre de su compañero, pero el conde recordó las profecías del ermitaño, y tomando el estandarte de manos de Orbita, el alférez, arrastró a sus guerreros hacia el campo, donde brillaban las picas y las armadu-

Ilustraciones de Santi

ras de los moros. La lucha fué larga, pero terminó con la victoria completa de los castellanos. Recordando aquel día glorioso, dicen aún estos versos los viejos de aquella tierra:

La rota de Cascajares
es argumento evidente
que vale más poca gente
con Dios, que sin Dios millares.

(Continuará)



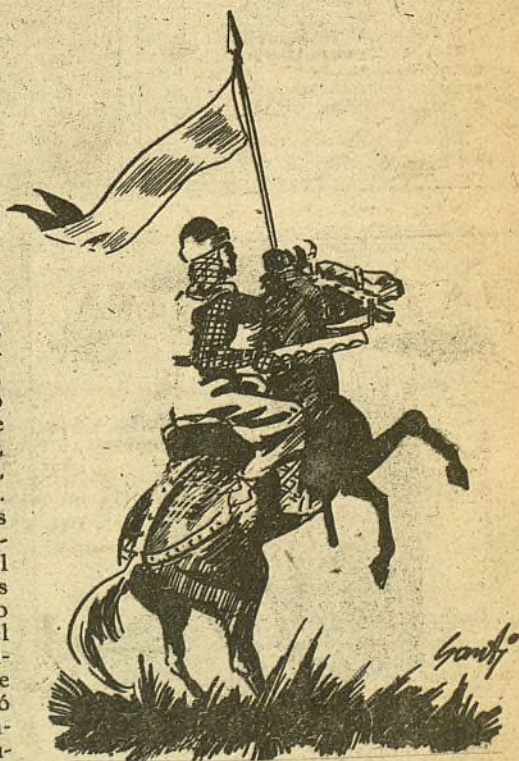
La victoria.—Poco después de medianoche, los dos ermitaños entraron en el oratorio para rezar maitines. Al terminar su salmodia, Pelayo se acercó al rincón donde dormía el conde, acercando la linterna a sus ojos.

—¿Es ya hora?—murmuró él incorporándose.

—Las primeras luces del amanecer blanquean sobre el cabezo de la meseta de Carazo, y tu gente te aguarda preocupada por tu ausencia.

—Voy enseguida, y tomando la espada y el arco, se arrodilló delante del monje, pidiendo su bendición.

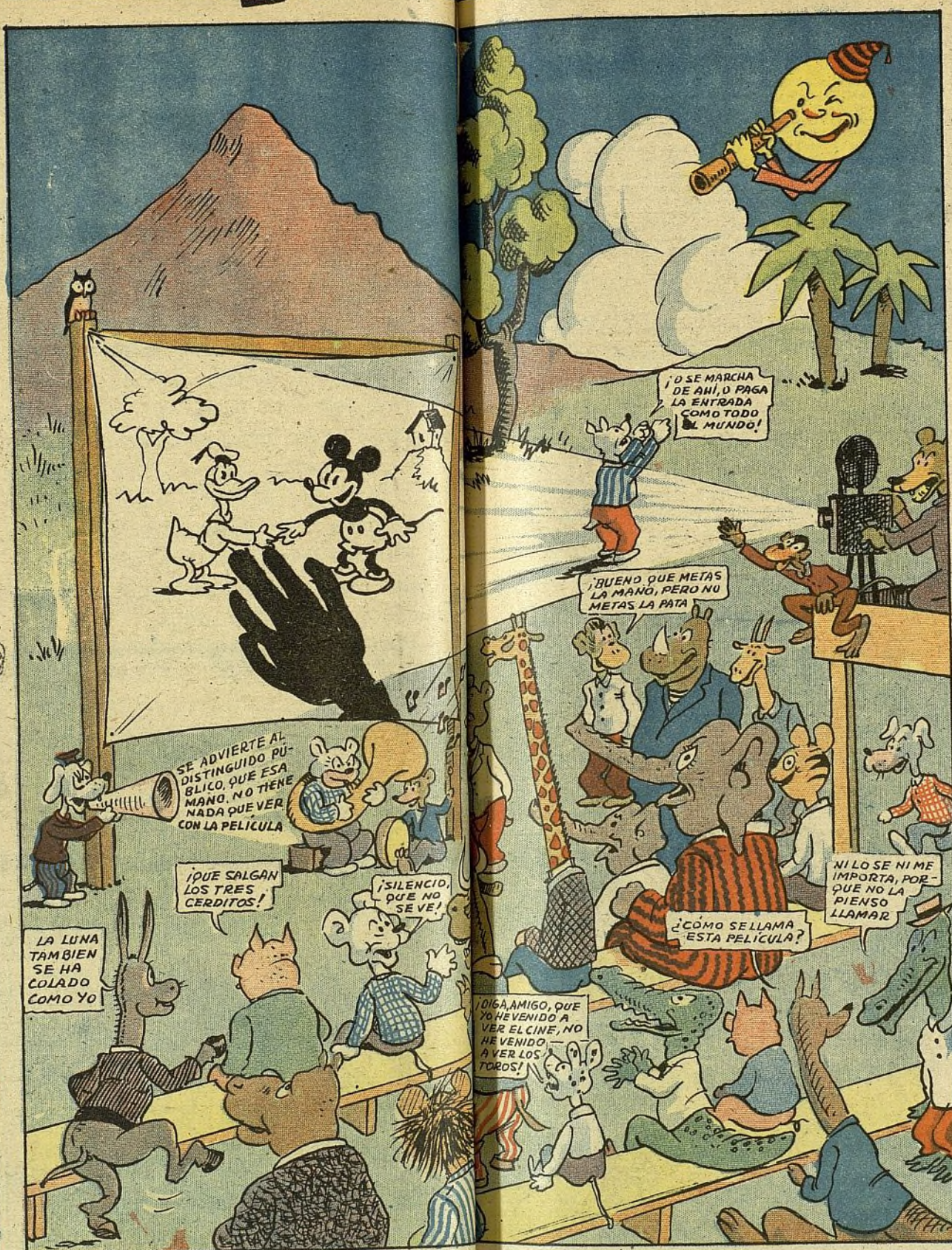
—Hasta la tarde—dijo éste;—y no te olvides de este lugar, donde Dios te ha declarado caudillo de su pueblo. Pobre es nuestra vida; dos monjes formamos la comunidad, pero tú puedes convertir esta ermita en un gran monasterio.



¡¡ATENCIÓN, ATENCIÓN!!...AQUÍ, CATAPÚN CHINCHÓN



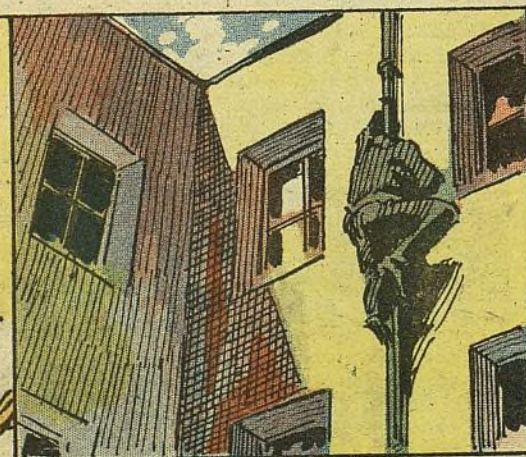
ESCENAS de BESTAPOLIS



GANSADAS/GANGSTER PAT O'SHO



En plena reunión se oyó un silbido de alerta y los hombres prepararon las armas para defenderse de posible agresión. El individuo que lo había lanzado entró precipitadamente anunciando:
—¡Alerta! La policía ha rodeado la casa y sube la escalera.
—¡Maldito perro el que nos ha denunciado!—rugió



«Pluma Negra» empujando su pistola. Cuando lo cace, va a pagarlo caro... Huid todos, y el que sea prendido que cierre el pico y muera si es preciso antes de que «cante».
Después de dar estas órdenes, el bandido abrió la ventana trepando como un mono por las cañerías del patio interior, hasta alcanzar la terraza. Detrás de él



subieron otros dos, mientras quedábanse los restantes por el piso buscando salida por los pasadizos. La policía llamó a la puerta y viendo que no abría la echaron abajo, revisando el piso.
—¡Por aquí han huido!—gritó Jonás Palmer, que los primeros que habían entrado. Revisad los pisos con consideración alguna.



Aprovechando los momentos perdidos por la policía, «Pluma Negra» saltando de terraza en terraza, había logrado burlar el cerco de la policía salvando la calle, y desapareciendo en otro portal. Los agentes seguían a los perros sabuesos a los demás miembros de la banda, que huían sembrando disparos, y de terraza en terraza estableció un reñido duelo entre la autoridad y los



maleantes. Dos de ellos cayeron heridos, siendo recogidos por los agentes y conducidos a la enfermería del presidio, donde quedaron incomunicados. Los demás habían logrado escapar también, menos uno, rezagado, que al hallarse sin un balín se tiró a la calle, dispuesto a matarse antes que caer en manos de sus perseguidores, con tan mala fortuna, que quedó colgado en un balcón.



Inmediatamente un brazo lo recogió, atrayéndolo hacia adentro. Era un vecino. Desmayado del golpe recibido, el bandido quedó sin defensa, y así fue como cayó en manos de la policía, que lo condujo en compañía de los otros.
—Tenemos buena redada—dijo satisfecho Jonás al verlos. Por estos sabremos grandes cosas.
(Continuará).

Cuento de Mari-Pepa

En vísperas de examen



MADRE Ignacia estaba muy intranquila aquella mañana. Acababan de comunicarle que los exámenes empezaban al día siguiente, es decir, que vendrían los catedráticos del Instituto para examinarnos en el propio colegio, y como conocía las «cabezas de chorlito» de algunas de sus alumnas, temía, no sin fundamento, que hiciésemos un papel poco airoso ante el tribunal.

—Mañana empiezan con las de ingreso—nos dijo. De modo que hoy dedicaremos el día a hacer preguntas, que servirán a toda la clase de repaso. Vamos a ver, vamos a ver, una de esas cosas que siempre se preguntan en un examen.... ¿Cuál es la obra inmortal de Cervantes?

Y señaló a Armandita. Esta se puso de pie perezosamente y repitió.

—Que cuál es la obra inmortal de Cervantes? Pues....

Hubo un silencio que Mari-Chari aprovechó para levantar la mano.

—Puedo hacerle una pregunta, Madre?

—Dígame—respondió Madre Ignacia. Entretanto su compañera hará memoria....

—Sólo quería saber qué quiere decir inmortal.

—Que no muere nunca—explicó la profesora.

—Pero es que yo no me explico cómo se muere una obra, si no tiene respiración. Una persona se sabe que está muerta cuando ya no respira. Lo mismo les pasa a los galos, pero a los libros ¿cómo va a ocurrirles esto? Todos los que tiene mi papá en la biblioteca son inmortales entonces....

—¡No mujer—exclamé yo—esos se los come la polilla!

Basta de tonterías—atajó Madre Ignacia. Se dice que un libro es inmortal cuando su contenido, sus ideas, interesan a los hombres de todos los tiempos, es decir, que «no se pasa de moda», para que lo entiendan más claro. Y, a todo esto, ¿qué nos dice Armandita de la obra de Cervantes?

Armandita estaba muy entretenida arrancándose un padrastro. Madre Ignacia, para hacerla recordar, comenzó a ayudarla.

—Si lo tiene que saber, hija mía, es un personaje al que le ocurren muchas aventuras, que va por el mundo deshaciendo agravios.... el....

La cara de Armandita resplandeció súbitamente y exclamó:

—¡Ah, sí.... el Pinocho!

La carcajada general duró media hora. Madre Ignacia, a pesar de querer aparentar seriedad, también se reía por dentro.

—Esto es intolerable—dijo al fin con la voz más terrible que pudo. ¡Todos los días haciéndolos dictados de El Quijote, para que ahora me salgan hablando del Pinocho! Pero sigamos con el mismo tema. Usted—prosiguió dirigiéndose a Mari-Chari—es de las que más se han reído de su compañera; de modo que debe usted estar muy documentada sobre el asunto.

Mari-Chari se echó a temblar; volvió rápidamente la cabeza y me dijo:



—Sóplame, sóplame.

—¿En qué famosa batalla dejaron manco a Cervantes?—preguntó la Madre.

Mari-Chari con la mano detrás de su espalda, hacía señas de que le auxiliasen. Yo, con la voz más bajita que pude, apunté:

—En Lepanto.... en Lepanto....

Y ella respondió muy seria:

—En la batalla del Leopardo.

—Tiene usted mal oído—comentó Madre Ignacia—y su compañera, que tanto sabe con el libro en la mano, ¿podrá decirnos cuáles son las dos figuras más importantes de El Quijote?

Como era a mí a quien se dirigía, hube de levantarme para contestar: Hay unos molinos que se convierten en gigantes.

—Efectivamente, algo de eso hay, pero yo me refiero a dos personajes, el uno gordo, el otro flaco....

—San Laurel y Oliver Hardy—grité yo muy satisfecha.

—¿Cómo dice?—preguntó Madre Ignacia muy extrañada.

—¡Ay, si no me acordaba que usted no va al cine y claro, no los conoce! pero yo le explicaré; el uno dice....

—No sé lo que dirán esos señores—interrumpió la monja—pero sí sé que en esta clase no se dicen más que despropósitos. Los personajes principales de El Quijote, son don Quijote y Sancho Panza. ¡Dios mío, qué suspensio las van a dar a todas! Para eso me he pasado yo el curso explicándoles!...

Y apoyaba su mano en la frente, muy apesadumbrada. Al fin, se rehizo un poco y comenzó nuevamente:

—Es preciso que de aquí a mañana quede este tema bien aclarado. Lo repetiré tantas veces como sea necesario, aunque no hagamos otra cosa. Vamos a ver, ¿qué escribió don Quijote?

—¿...?

—¿Qué escribió don Quijote?

—¿...?

En aquel momento entró la Madre Superiora. Todas nos pusimos en pie. Madre Ignacia, desalentada, fué a darle cuenta de su fracaso.

—Reverenda Madre; estoy desconsolada. Todo un curso de explicaciones, todo un año de trabajo y de interés con estas niñas, para que después me dejen en ridículo delante de los tribunales. Tienen la imaginación llena de fantasías. Se acuerdan del Pinocho y de los personajes del cine, antes que de cualquier cosa seria. Acabo de preguntarles por dos veces: ¿qué escribió don Quijote? y....

—Dirá mejor: ¿qué escribió don Miguel de Cervantes?—rectificó la Reverenda Madre.

—¡Oh! exclamó Madre Ignacia, toda colorada. Me han armado tanto lío con sus respuestas, que ya no sé ni lo que digo. ¡Discúlpeme! Ha sido una confusión....

—¡Claro, como iban a contestarme, si la pregunta estaba mal hecha! Veamos nuevamente: ¿qué escribió Cervantes?

—El Quijote—respondió a coro toda la clase.

—Está muy bien—aprobó la Reverenda Madre con una de sus mejores sonrisas. Pero el motivo de mi visita no era ese, sino saber quién ha llenado las paredes del vestíbulo de ciertos letreros y nombres. ¿Quién ha escrito eso, lo saben ustedes?...

Y toda la clase respondió a coro:

—Cervantes.

Mari-Pepa

COLABORACIÓN de NUESTROS LECTORES

LA EVOLUCIÓN DEL DINERO

Primero, antiguamente en tiempos de Homero, se daba por una armadura, diez o veinte reses, según de la calidad y elegancia de la coraza. Entre los antiguos mejicanos, el cacao era moneda corriente. Mientras los salvajes de Setuste usaban el arroz con el mismo objeto, los abisinos, la sal; los pieles rojas del Norte de América, las pieles de animales salvajes. Luego, más adelante, se valían del intercambio de mercancías y productos. Luego se inició el uso del metal precioso, para la confección de monedas. En el África Occidental, los anillos servían de adorno en las cabezas. En la China, una reproducción diminuta de cualquier objeto de uso diario. En Roma, se valían de barras de oro o plata acuñadas. Luego, en cada provincia tenían sus clases de monedas. El papel moneda es antiquísimo. Los chinos y grandes mandarines de Oriente, emitían hace mil años una especie de vales, que daban al portador el derecho de retirar sal o hierro de los almacenes del Estado. El primer país que emitió papel moneda, fué Suecia, hacia el año 1800.

Pascual Hurtado 14 años, Infantes (Ciudad Real).

Miguel González Pamplona.

Eduardo López 13 años.—Guarcuña.

José Luis Zarrabeitia 11 años.—Durango.

José Fuser Camínreal.

A. Hernández 11 años.—Béjar.

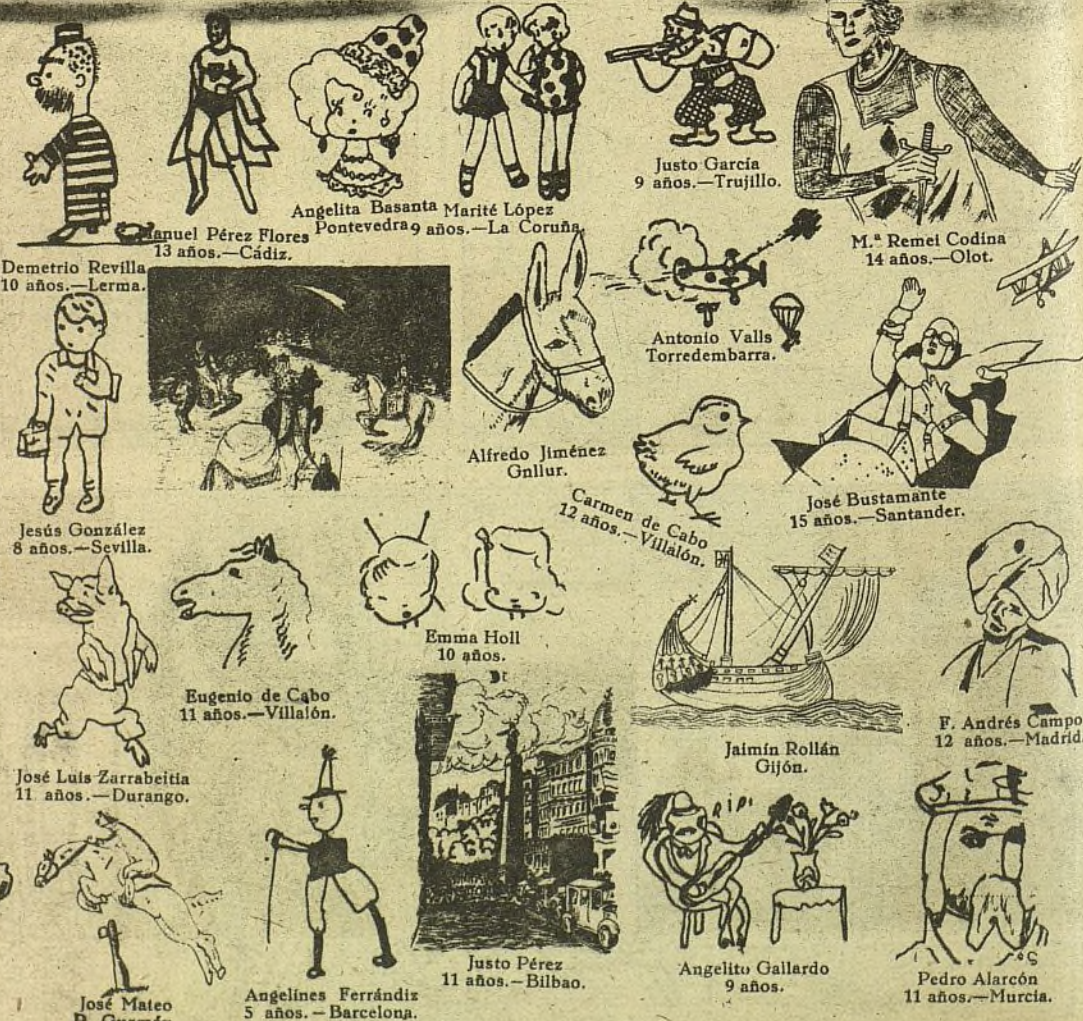
José Mateo P. Guzmán.

Angelines Ferrándiz 5 años.—Barcelona.

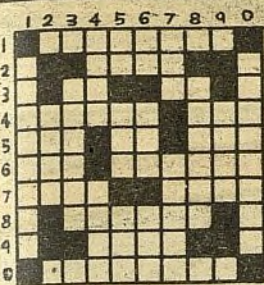
Justo Pérez 11 años.—Bilbao.

Angelito Gallardo 9 años.

Pedro Alarcón 11 años.—Murcia.



MESA REVUELTA



CRUCIGRAMA

HORIZONTALES: 1. Cabeza despojada de carne. 2. Ciudad italiana famosa por un santo. 3. Iniciales de Diego Pérez. Verbo. 4. Mar. Letra. 5. Al revés, preposición. Apócope de preposición y artículo. Posesivo de primera persona (en plural). 6. Furor. Tierra sin riego. 7. Hizo ruido. Al revés, en los charcos. 8. Cerca del mar. 9. Lo mismo. 10. Pueblo de la provincia de Valencia.

VERTICALES: 1. Nombre de varón. 2. Conjunto de voces. 3. Presidente de una facultad universitaria. 4. Molusco que vive asido fuertemente a las piedras. Pueblo de la provincia de Barcelona. 5. En la baraja. Población de Noruega, provincia de Oslo. Clase de viaje. 6. Observé. Interjección andaluza. Hilo de seda poco retorcida. 7. Forma de señalar a otro. Tranquilidad. 8. Conjunto de varios días. 9. Galería subterránea. 10. Reunir mucho dinero.

M. A.



Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas, de modo que resulte un nombre de mujer.

SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR

Al Logogrifo: CARIATIDES. A la Tarjeta: CERCEDILLA. Al Jeroglífico: ESBELTA. Al Rombo: R-TEZ-RECIO-ZIZ-O. Al Triángulo: RAMILLETE-MISIVA-LLEVA-TE. Al Rompecabezas: Cuando el río suena, agua lleva.

Al Crucigrama:

HORIZONTALES: 1. Pica. Otro. 2. Ira. Aor. 3. Atropello. 4. Trota. 5. Cursado. 6. Latir. 7. Crisolada. 8. Ron. Don. 9. Esau. Sosa.

VERTICALES: 1. Pías. Ocre. 2. Irt. Ros. 3. Cartulina. 4. Orras. 5. Apóstol. 6. Etail. 7. Taladrado. 8. Rol. Dos. 9. Oros. Cana.



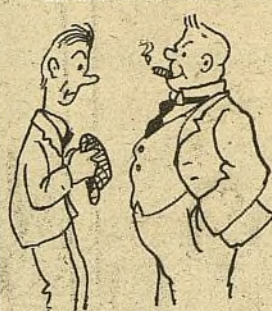
El DIRECTOR.—Pero, hombre ¿qué hace usted ahí subido?
El NUEVO LOCUTOR.—Pues, dando la emisión de sobremesa...

DESVENTURAS de GERVASIO

CUENTO DE HUMOR

Don Agripino decía a su amigo López.

—Un mes llevo necesitando un empleado de confianza para mi oficina.



—¡Hombre, don Agripino! Mañana mismo le mando yo un hombre formal.

—Es que... tropiezo con el adoquín, de que el negocio no va como Dios manda y yo quiero y sólo puedo disponer de cien pesetas de mi corazón para su sueldo mensual.

—No se apure usted, don Agripino, que yo le mandaré uno de ese precio, quiero decir, que él se conforma con veinte duros mensuales y además hasta le escribe a máquina con los dedos de los pies.

—Bien, don López en usted confío.

Y a las diez de la mañana próxima, gorra en mano, Gervasio Mínguez, de 31 años, casado con dos, hijos, se presenta ante su futuro jefe.

Se pasó el día abriendo y cerrando la puerta, anunciando a las visitas, pegando sobres y sellos y silbando el «yo te daré».

Al otro día acudió Gervasio a su trabajo, limpió la oficina por encima —únicamen-

te la mesa por debajo— y como ya no tenía más qué hacer, y Gervasio era enemigo de estar sin hacer nada, se puso a fisgar y revolver escritos, documentos, cartas y facturas del negocio de su jefe. Cansado, sentóse en la profunda butaca de la mesa del despacho y quedóse pensativo y cuando estaba pensativo, quedóse dormido y cuando estaba durmiendo...

El reloj dibujaba un ángulo recto —las doce y quince minutos—. Nadie había llamado a la puerta, mejor dicho, él no había oído hablar al timbre. Vióse con la mano de su jefe en el hombro.

—¿Duermes, Gervasio?

—No, señor, pensaba en qué día de la semana caerá este año el miércoles de ceniza.

—No se lo puedo decir porque yo tampoco lo sé.

—¿Ha venido alguien?

—No, señor, nadie.

—¿Y qué quería nadie?

—¿Cómo?

—¡Que qué quería nadie?— volvió a preguntar el jefe iracundamente.

—Nada.

—Entonces ¿para qué ha venido?

—¿Quién ha puesto estas cartas con las facturas y estas copias de pedidos en el cajón?

—Servidor, «lo ha arreglado todo».

—¡Usted! ¡Usted pone iracundo a un corderito!

¡Usted pone negro a un pañal recién lavado! Usted

es el tipo más idiota que yo... que yo he conocido!

¡Usted no tiene que hacer nunca, lo que no le mande!

—Sí, señor.

Y marchóse narizbajo hacia el pasillo.

Don Agripino con un genio de un batallón de

diablos seguía vociferando encolerizado y en castellano.

—¡Es el recolmo! ¡Ay! ¡La mad eselva en su propia flor! Este tío me quema los pocos globulos rojos que consigo.

—¡Gervasio!

Gervasio entra despaso.

—Dígame —dice.

—Vuela a mi casa, toma un taxi para volver antes y mira a ver si encima de la mesilla está mi pluma estilográfica —y más bajo— tengo que ir a recoger unas notas y me la he dejado allí a no ser que me hayan «desplumao» en el metro. ¡No no, debe estar allí! —y ordenó definitivamente.

—¡Vete a ver si está!

El pobre Gervasio no pudo tardar menos de noventa minutos. Llegó resplandeciente y sudoroso.

—¿Qué? —preguntó don Agripino.

—Sí, señor, tenía usted razón, encima de la mesilla estaba.

—Tráigala...

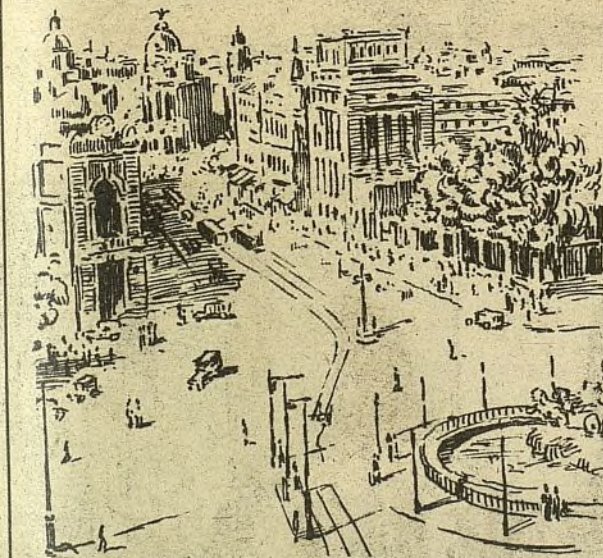
—...La he dejado allí, como no me dijo que me la trajera, que me dijo vete a ver si está... y...

No pudo hablar más, un caracol de bronce que cumplía sus servicios de pisapapeles, mandado por don Agripino, dió un beso en la frente a Gervasio, que cayó emocionado bajo el peso y conmocionado bajo el golpe.

¡Idiota! ...¿Le habré matado? ¡Ay! ¡Este hombre va a ser mi ruina. Por algo se resignó con veinte duros mensuales. ¡Gervasio! ¡Gervasio! ¡Vamos, hombre! Fué sin querer, ha sido una broma. ¡Gervasio! ¡La madre eselva! ¡Si no vuel-

ve en sí —puso su oído derecho en el lado izquierdo del desmayado— ¡Latir si le late... poco, pero vive. ¡Gervasio! Y yo tengo que estar a las dos en el ministerio. Escribió en una cuartilla rápidamente: «Gervasio querido, por si vuelve usted en sí, está despedido». Agapito Pinrel.

GLORIA FUERTES



Aunque a los madrileños les parezca mentira, Madrid es la capital donde menos llueve. La cantidad de lluvia de cada país depende de su latitud, proximidad al mar, altura sobre el nivel del mismo, vientos dominantes etc. Ved la estadística de la cantidad media de lluvia en cm. de cada país de Europa. Madrid, 38 cm.; Atenas, 39 cm.; Moscú, 54 cm. Berlín, 59 cm.; París, 59 cm.; Viena, 60 cm.; Londres, 62 cm.; Constantinopla, 70 cm.; Roma, 77 cm.; Zurich, 115 cm.



LA ESTOCADA SECRETA.

TEXTO ORIGINAL DE VALLE



Gran expectación reinó entre los asistentes, expectación que fué creciendo a medida que el secretario del Rey leía en voz alta las declaraciones, facilitadas por el jefe de policía, las cuales ponían en evidencia todos los manejos del conde Campal para derrotar y hacer caer en el desfavor real a su enemigo. —Sé, además—siguió diciendo el secretario después de terminar la lectura—que el señor conde está totalmente arruinado, y que la única salvación posible para aguantar el patrimonio de sus mayores era el casamiento con la condesita de X, cuya buena posición todos conocemos, motivo por el cual ha ido persiguiendo al capitán Egido, en cuanto se enteró de que éste sostenía relaciones con ella. Campal se quedó anonadado: no sabía qué hacer, ni dónde mirar. La palidez de su rostro y el temblor de sus labios demostraron la ver-



acidad de todo cuanto acababa de oír. Mas su azoramiento subió al grado máximo, cuando se abrió la puerta de la sala donde estaba reunido el Consejo y apareció en ella el jefe de la policía en persona. —Sr. Jefe de policía del Reino, ¿juráis ser verdad todo cuanto se halla escrito en este papel—preguntóle el presidente del Consejo. —¡Sí, juró!—contestó éste colocando su diestra sobre el crucifijo que había sobre la mesa. Así fué cómo el acusador resultó acusado, siendo conducido a la prisión en espera de que el Rey fallara lo que debía hacerse por el delito de falsa acusación. Aquella misma tarde, al poner en claro el suceso, el Consejo del Reino aprobó la demanda del capitán Egido y el mismo Rey firmó el nombramiento de barón, después de ser enterado por su secretario de cuanto había sucedido en el Consejo. Ajeno a todo se hallaba el capitán Egido, en su celda de encierro, meditando tristemente lo desfavora-



ble de su fortuna y penando por su dulce novia la Condesita de quien veíase alejado para siempre. Le extrañaba también que su protectora le hubiese abandonado en aquella situación tan dolorosa, cuando oyó el chirrido de las grandes puertas de hierro y vió aparecer en el umbral la figura del secretario del Rey. —Capitán Egido, vengo a deciros que en el Consejo celebrado esta tarde os han declarado inocente de cuantas acusaciones se acumulaban contra vos. En cuanto os hayáis presentado a vuestro jefe, pasad por mi despacho. Tengo una orden del Rey para daros. Que Dios sea con vos, señor capitán. Egido se quedó loco de contento. Con paso firme salió del calabozo y dirigiéndose al cuarto de banderas vistióse con las ropas que antes llevara siendo aclamado por sus compañeros que le abrazaron emocionados.—(Continuará).

